

IV

Muchas fueron las personas, notables por su saber y por su ingenio, que tuvieron que expatriarse durante el reinado de Fernando VII, ya para salvarse de las persecuciones del despótico poder central, ya para huir de gran parte de la plebe, fanatizada por los frailes, y armada y regimentada con el nombre de voluntarios realistas, que solía insultar, vejar y maltratar á los afrancesados, á los liberales y á los que pasaban por incrédulos y volterrianos.

Prescindiendo de otros muchos emigrados que entonces hubo, me limitaré á hablar aquí de los cinco más importantes que cito en el artículo anterior.

Fué el primero D. Juan María Maury, nacido en Málaga en el último tercio del siglo XVIII é hijo de D. Juan Bautista, del comercio de aquella ciudad. Su esmeradísima educación, sus variados estudios y sus viajes por diversos países de Europa, pres-

taron á su espíritu y á su natural talento extensa cultura y cierto carácter cosmopolita. Aunque hablaba y escribía diversos idiomas, conociendo sus literaturas y gustando de ellas, jamás se entibió su amor á lo español y á lo castizo, manifestado con brillantez en la singular maestría y en el exquisito esmero que resplandecen en todo cuanto escribió en lengua castellana.

Si por algo peca Maury, es por muy refinado en este punto, sobre todo en los versos. Algún parecido encuentro yo entre el primoroso refinamiento de Maury en sus poesías, y el no menos primoroso refinamiento de otro ilustre malagueño en la prosa. La diferencia estaba en que el malagueño prosista era por el asunto que había elegido más propio de España y hasta de su región andaluza, mientras que hay cierto vago cosmopolitismo en los versos de Maury hasta cuando pone en España la escena de sus ficciones, ó canta y celebra hazañas españolas. Por lo demás, y aunque parezca extraño y paradójico, Maury y D. Seraffín Estébanez Calderón, que es el prosista á quien aludo, se parecen en el extremado primor del estilo: en que ambos cincelan, pulen y esmaltan el idioma como el artista que con oro y pedrería fabrica una joya, compla-

ciéndose en presentarnos en completo dechado toda la varia riqueza de nuestro idioma en vocablos, frases y giros.

Las más antiguas poesías de Maury merecen, como pocas, la calificación de clásicas, tal como entonces se entendía el clasicismo. Apenas puede imaginarse nada más atildado y pulcro por la forma. Los versos bien medidos, los consonantes más difíciles, los apropiados epítetos, las elegantes y rebuscadas perífrasis para designar describiéndolos algunos objetos que no se quieren nombrar por sus nombres, todo ello presta á las composiciones de Maury una nitidez preciosa, y hace de ellas muy acabado modelo de un culteranismo de buen gusto. Digno de tales alabanzas es, sobre todo, el poemita *La agresión británica*, escrito en hermosísimas octavas, entre las que sobresalen, conservadas en la memoria por los sujetos que aman el arte, las que describen y alaban las magnificencias del Pirineo y del Apenino, para exaltar mil veces más aún la grandiosa majestad de los Andes, en cuya comparación el Apenino y el Pirineo

Débil remedo son de la alta, ingente
Cordillera feraz, trono de Pales.

Todavía son más dignos de aprecio, por la melancólica dulzura que los inspira, los versos de la canción *La ramilletera ciega*; y por colmo de gentileza y de gracia *La timidez*, el más lindo acaso de cuantos romances amatorios se han compuesto en nuestro idioma.

Emigrado Maury y viviendo en París, prestó un gran servicio á las letras españolas con envidiable gloria suya. Venciendo las dificultades de la versificación, y mostrándose eximio maestro en la lengua de Racine y de Voltaire, tradujo gallardamente en versos franceses gran número de composiciones de los mejores poetas que ha tenido España desde el principio de la edad de oro de su literatura, hasta Meléndez y Quintana. Acompañado trabajo tan brillante con disertaciones y notas que le ilustran, apareció en París *L'Espagne poétique*, mereciendo la gratitud de los españoles que veían así subir á sus más ilustres ingenios á la cumbre del Parnaso europeo, y obteniendo el aplauso y la admiración de los franceses que en los más acreditados periódicos de entonces encomiaron el talento y la habilidad de Maury como versificador, el brío y la elegancia de su estilo como prosista, y el mucho saber y la atinada crítica

con que conocía y estimaba las diversas literaturas de los otros pueblos de Europa.

Sin duda, animado Maury con tan enviable éxito, terminó y publicó también en París, en 1840, su singular poema *Evero y Almedora*, cuyo valer, en parte evidéntísimo y extraordinario, no acertaré yo en parte á tasar en lo justo por algo de original y de extraño que hay en toda la obra, y que requiere para su detenido examen y estimación exacta, razonamiento más amplio y reposado que el que la brevedad de estos artículos permite. El célebre *Paso honroso* de Suero de Quiñones, cuyo nombre modifica Maury llamándole Esvero, es el asunto, ó mejor diré, el pretexto de la epopeya. Cautivo aquel noble caballero de una gentil y hermosa dama, por quien llevaba un hierro al cuello, decidió para su rescate, auxiliado por otros nueve paladines, amigos ó parientes suyos, romper en justa trescientas lanzas, llamando al certamen á cuantos caballeros quisiesen acudir, menos el rey D. Juan II y su condestable D. Alvaro de Luna. El *Paso honroso* tuvo lugar junto al puente de Orbigo, á seis leguas de la ciudad de León, en el verano del año de 1434 de nuestra era, cuando pasaban

por allí muchos peregrinos que iban á Santiago de Galicia. Esvero logró su propósito; rompió las trescientas lanzas y obtuvo su rescate, de todo lo cual dió testimonio un notario público, siendo hoy tan extraño documento crónica de aquel curioso hecho de armas. Tal asunto, aunque en alto grado poético, no era bastante para llenar un largo poema en doce cantos, sobre todo preciándose el cantor de tan conciso, como en efecto Maury lo era. Por esto, como ya queda dicho, el *Paso honroso*, más bien que el asunto, es el pretexto de la epopeya; es como el lienzo y el cuadro sobre cuyos principales rasgos ha bordado el poeta una intrincada selva de aventuras y cuantos lances de amor, de gentileza y de caballerías su fecunda imaginación le sugiere. Juzgo imposible dar en breves palabras una idea cumplida del complicadísimo argumento del poema. A mi ver, ni D. Juan Nicasio Gallego lo explica con claridad en el extenso informe que sobre él leyó ante la Real Academia Española, ni lo explica tampoco el mismo Maury en la más extensa carta que dirigió á D. Juan Nicasio, haciendo una ingeniosa apología de su obra. No quiero yo decir con esto que sea obscuro ó tenebroso el poema de Maury, por el estilo

de la *Cassandra* de Licofrón. Sólo me limito á decir que, como Maury escribe con rara concisión, para contar en prosa todos los casos é historias que él cuenta en verso es menester escribir más prosa de la que escribieron Gallego y el mismo Maury, y de la que puedo y debo escribir yo en este artículo. He de confesar, con todo, que el argumento del poema es algo enmarañado; pero, si esto es falta, bien podemos atribuirlo también al *Orlando* de Ludovico Ariosto, y poner á Maury en muy honrosa compañía.

A pesar de la indiscutible belleza de la dicción y de la versificación de las octavas de Maury, y á pesar del rico caudal de pensamientos y de imágenes que ponen en ellas la poderosa fantasía y el vasto saber del poeta, no hemos de negar aquí que *Esvero* y *Almedora* distan mucho de ser populares y son poco leídos. Nadie se inclina con más respeto que yo ante la sentencia del gran público. Aun suponiendo en este gran público el gusto más depravado, ¿cómo no reconocer ni admirar en un autor el tino con que acierta á halagar dicho gusto y la virtud magnética con que penetra en el ánimo de sus contemporáneos conmoviéndolos y entusiasmándolos? Tal vez careció Maury

de dicha virtud, aunque bien puede decirse que *habent sua fata libelli*.

Entiendo yo, además, que la alta poesía tiene y tuvo siempre no poco de aristocrático. Augusto, Octavia, y como si dijéramos la *high-life* de Roma en aquella edad, se deleitarían con la lectura de la *Eneida*, comprendiendo y gozando sus excelencias y delicadas perfecciones; pero el vulgo de provincias, y aun el de la misma capital del Imperio, preferiría versos más llanos y pedestres de los que nadie se acuerda ya.

De todos modos, y yo pido al lector que me perdone si vacilo, Maury hubo de pecar por comprender torcidamente aquello que se dice de que debe escribirse para un público eterno. Tan indiscutible es la verdad de este precepto, que sólo puede admitirse en sentido irónico que Lope dijera:

El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo
Hablarle en necio para darle gusto.

El escritor, por el contrario, debe combatir esta necedad, si suponemos que la hay. Y no sólo debe pensar en una posteridad más discreta que la gente de su tiempo al no ver en ésta toda la discreción que conviene, sino también en la gente de otros países, ya que su escrito puede salvar la

frontera de su patria y dar muy triste idea del atraso ó de la perversión estética de sus paisanos. Entendido así este punto, no sólo se debe escribir para un público eterno, sino también para un público ubicuo. Mas no es esto decir que el escritor, y sobre todo el poeta, se aísle y se retraiga cuando escriba, sin dejarse arrebatar ó sin oponerse á las corrientes de ideas, sentimientos y opiniones que en su época prevalecen. Por algo de este aislamiento y de este retraimiento pecó Maury. Quiso escribir y escribió para un público eterno y ubicuo, pero dejó indiferentes y hasta fríos á los que en torno de él debieran haberse agrupado para escucharle. No comprendió Maury que, si bien importa que por todo el mundo y en los tiempos venideros se aprecie lo que hoy se escriba, esto sólo se logra empezando por interesar á los que viven cuando vive el escritor ó el poeta, hablan la misma lengua y tienen la misma patria.

Esvero y Almendra, á pesar de cuanto queda expuesto, es un libro digno de estudio y de admiración, como muestra y deducción de todos los primores y excelencias de que es capaz la lengua castellana manejada por un poeta original, rico en saber y dotado de la más lozana inventiva.

D. Francisco Martínez de la Rosa es el segundo emigrado del que nos propusimos tratar. Harto menos docto y, á mi ver, menos poeta también que Maury, le vence en popularidad, y logra ser, no sólo en política, sino en literatura, mil veces más influyente. Como lírico, permaneció clásico en la emigración y después de la emigración; pero como poeta dramático contribuyó poderosamente al triunfo del romanticismo con sus dos célebres dramas *Aben Humeya* y la *Conjuración de Venecia*, cuyo mérito no nos incumbe estimar en estos artículos. Escribiendo, además, su tragedia *Edipo*, trajo á nuestra escena una novedad digna de aplauso. El clasicismo de su *Edipo* difiere ya del amanerado pseudo-clasicismo francés, y se acerca bastante á la sublime sencillez del antiguo clasicismo helénico.

Como preceptista, Martínez de la Rosa influyó benéficamente en nuestra literatura traduciendo muy bien la Epístola á los Pisones, de Horacio, escribiendo una muy juiciosa *Arte poética* original, é ilustrándola con notas en que divulga no poco de nuestra brillante historia literaria, harto menos conocida entonces que hoy, y en que juzga á los antiguos y egregios poetas españoles con imparcial, serena y atinada crítica.

La amable flexibilidad de carácter, el espíritu conciliador, la moderación y el recto y sano juicio de Martínez de la Rosa resplandecen, lo mismo que en su vida política y que en su trato social, en las muchas obras que dejó escritas. En literatura, así como en política, huyó de los extremos, si no siempre, en la madurez y plenitud de sus facultades intelectuales, y puso su mayor empeño en conciliar la libertad con el orden. Un tanto cuanto cándidos suelen ser los medios de que para lograrlo se vale. Pero, aun cuando no lo logre, ¿cómo no celebrar y agradecer la bondad del intento? Podrá decirse que Martínez de la Rosa no sienta ni sostiene la base de sus preceptos en filosóficas profundidades; que su estética es harto somera; pero su ingénito buen gusto, cultivado por la lectura de los más selectos autores, suple dicha falta, si la hay.

Aunque como poeta lírico y épico se diga que Martínez de la Rosa no traspasa los más altos grados de la medianía, bien puede afirmarse que, no traspasándolos, contradice por completo la sentencia del vate venusino, porque no pocos de sus atildados y elegantes versos agradan y deleitan aún á los amantes de la poesía. Sobre la correc-

ción, primor y gracia del estilo se advierten en ellos á menudo sensibilidad y delicadeza de sentimientos, y en ellos encuentra expresión sencilla y adecuada el alma dulce y generosa del poeta. Lo que tal vez parece falso en sus versos, no lo es si bien se mira. No seré yo quien censure que Martínez de la Rosa pondere su deseo no cumplido de volver á vivir en Granada y de morir en las márgenes del padre Dauro, *manso río de las arenas doradas*. Hace más de cuarenta años que estoy yo deseando, ó diciendo que deseo, retirarme del mundo é irme á vivir y á morir en mi lugar, y todavía sigo en el bullicio de esta capital, aunque viejo, enfermo y casi ciego. El hombre propone y Dios dispone. Y suele acontecer que lo que Dios no dispone el diablo sea quien lo disponga.

Por lo demás, se nota en Martínez de la Rosa cierta buena fe casi infantil, que da visos de falso á lo que es verdad si no se considera superficialmente.

Así, por ejemplo, en aquel tan conocido comienzo de la Epístola al Duque de Frías en la muerte de su mujer. Llamar tristes á las márgenes del Sena; decir que allí no hay flores, porque las flores no nacen entre el hielo, y porque, si nacieran, se marchitarían al tocarlas el poeta, todo es gran fal-

sedad objetivamente considerado; pero el poeta es sincero y verídico, porque expresa y se conoce que expresa lo que sentía. La tristeza y el hielo no estaban en París, sino en su corazón.

De índole diametralmente opuesta es el tercer poeta que entre los expatriados sobresale. El gaditano D. José Joaquín de Mora, muy liberal en política, y de ideas religiosas y filosóficas en gran desacuerdo con las que en España prevalecían, tuvo que emigrar en 1823, y anduvo peregrinando durante muchos años por diversas y apartadas regiones. Su vida en aquel tiempo se asemeja bastante á la de los antiguos poetas, sabios y filósofos griegos, que tal vez iban á adquirir ciencia en Egipto, en Fenicia, en Frigia y en el centro del Asia, y tal vez acudían luego á remotos países, colonizados por compatriotas suyos, para divulgar allí dicha ciencia y contribuir al establecimiento de nuevas ciudades y repúblicas, redactando sus leyes y Constituciones. En el Río de la Plata, en Chile, en el Perú y en Bolivia, Mora divulgó sucesivamente la ilustración, educó á la juventud é intervino en los asuntos políticos de aquellos Estados nacies, haciendo un papel parecido al de los mencionados griegos an-

tiguos, salvo que, no envolviéndose como éstos en la niebla con que los siglos en su transcurso los han circundado, Mora deja ver menudencias y lunares que quitan grandeza y hermosura á su historia. Aun así, y tal como la ha escrito en un grueso volumen el docto chileno D. Miguel Luis Amunátegui, dicha historia ó biografía no desluzca ni perjudica al personaje de que trata, sino más bien redundante en alto honor suyo. Por ello, y por la imparcialidad de que procede, merece el Sr. Amunátegui el mayor elogio, ya que nunca se ensaña contra Mora, y si no le hace favor, sabe hacerle justicia. Mora tenía que alistarse en uno de los partidos políticos que en cada república se combatían. Triunfante dicho partido, Mora predominaba; pero cuando sus contrarios subían al poder, Mora era objeto de odio y de persecuciones, y tenía que irse á otra república. Satírico y mordaz, Mora desahogaba entonces su cólera en apasionados y á menudo crueles, aunque graciosos versos, contra la república cuyo servicio y territorio había abandonado y contra las gentes que en ella gobernaban. Así lanzó Mora tremendas sátiras contra Chile; mas no por eso buscó Amunátegui en el impropio y en la difamación la venganza.

La fecunda laboriosidad de este peregrino emigrado no cesó nunca, durante los muchos años que estuvo ausente de España, primero en Inglaterra, cuya prosperidad le entusiasmaba, cuyas doctrinas sociales y políticas estudió con afán inteligente y quiso divulgar entre los pueblos de nuestra raza, y en cuya poesía se inspiró para crear la suya, sin que en ella se borrase el sello indeleble de originalidad individual y castiza.

No cabe en este artículo dar más que una idea ligerísima y vaga de varón tan notable por su talento, saber, peregrinaciones y aventuras, y de la gran cantidad de libros y de escritos breves que sobre diversos asuntos arregló, tradujo ó compuso para difundir la ilustración en la América española y después en España. Fué sin duda su propósito injertar multitud de púas con yema de sabiduría británica en el árbol de nuestra sabiduría, que á él le parecía harto desmedrado y marchito, y que por tal medio habría de reverdecer y dar abundante cosecha de hermosas flores y sazonados frutos. Aun antes de irse á América, Mora, en compañía del famoso Blanco-White y con el auxilio del editor Ackermann, escribió para ilustrar á los hispano-

americanos varios trataditos elementales, epitomes, manuales ó compendios de ciencias y de artes que, habiendo tantos nombres con que se pueden designar, tuvieron él y sus compañeros la ocurrencia, en mi sentir poco dichosa, de apellidar *Catecismos*. Aunque el Diccionario de la Academia lo autorice, yo me atrevo á sostener que sería mejor limitar el empleo de la palabra catecismo, prescindiendo de la etimología, á los libritos que tratan de enseñanza religiosa, ya que no se llaman catecúmenos los estudiantes, ni catequistas los maestros y profesores.

Como quiera que ello sea, Mora escribió catecismos y otras obras en prosa, ya de filosofía á la escocesa, ya en pro del libre cambio, siguiendo las doctrinas de su amigo Mac Culloch, de todo lo cual no nos incumbe tratar aquí.

Los versos brotaron también en abundancia de su mente como de natural y copioso venero. Y aunque él estaba tan prendado de la poesía como de la prosa inglesa, fué en sus versos muy castellano, conservó la singular originalidad de su carácter y dió pruebas de rara facilidad y de maestría asombrosa en el manejo de nuestra lengua, del metro y de la rima. Raya en manía su

odio ó su desprecio á los versos libres, á los romances y á la pompa de la dicción poética. El mérito de la poesía se cifraba para él en expresar los pensamientos en tan llano y natural lenguaje como el de la prosa, si bien encerrándolos en bien medidos versos y prestándoles consistencia firme y vividora con el artificio de rimas difíciles, sin apelar á los ripios para lograrlo, sin faltar á la sobriedad y sin dejar de ser terso y claro.

Apenas se concibe el furor de Mora contra los romances, ni su empeño de considerar la rima perfecta como requisito indispensable de toda buena poesía castellana. Para ser consecuentes, aceptada la afirmación de Mora, sería menester condenar por mala toda nuestra rica poesía épico-popular, desde el Romancero del Cid hasta los romances de Góngora, de D. Nicolás Fernández de Moratín y de otros más modernos y no menos excelentes. Extraña es también la reprobación por Mora de los endecasílabos libres. Aun suponiendo que no sean buenos los que en castellano se han escrito, contra lo cual protestan, con razón, D. Leandro Fernández de Moratín y Jovellanos en sus epístolas y en sus magníficas sátiras, todavía para justificar el aserto de

Mora tendríamos que calificar de malos poetas á los más egregios de que en nuestros tiempos Italia se gloria: á Parini, á Monti, á Fóscolo, á Alfieri, á Nicolini y al mismo Manzoni en su poema *Urania*; y es lo más singular, en esta condenación del endecasílabo libre, que la dicte Mora, tan apasionado de la poesía inglesa, sin recordar que en endecasílabos libres han escrito Shakespeare, Milton y otros famosos poetas británicos.

Mora, de todos modos, abominando de la dicción poética y poniendo en los consonantes difíciles y en los versos bien medidos la forma esencial de la poesía y lo que la distingue de la prosa, da á la poesía una preferencia que aplaudimos, y pone en ella algo de venerando y de augusto. Hasta cierto punto, casi parece lícito, ó por lo menos disculpable, que en prosa diga alguien lo que no siente, ó afirme lo que no sabe ó lo que no cree. En efecto, el redactor de un periódico tiene que expresar á veces lo que el director ó el jefe de su partido quiere que exprese; el empleado, lo que su Gobierno le dicta, ordena ó dispone, y así en otros muchos casos; mientras que el poeta, sin sujetarse á la dependencia de nadie, no debe expresar sino aquello de que

esté profundamente convencido, y ser verídico ó, por lo menos, sincero.

La musa, según Mora, ha de ser inmaculada y santa: órgano de la verdad contra quien no prevalezca cohecho. Para ganarse la vida el poeta debe apelar á otros medios y ejercer cualquier otro oficio. Como poeta debe decir siempre la verdad, aunque tenga que vivir en la miseria y andar desarrapado y hambriento. Mora coincide en esto con el severo poeta Alfieri en aquel famoso libro suyo titulado *Del principe y de las letras*.

Honrada y noble es esta opinión, y enteramente contraria á la que sostiene Ludovico Ariosto, á quien debemos excusar y hasta absolver por lo muy regocijado y bromista que era. Ello es que Ariosto trata de inculcar á los príncipes y magnates que sean generosos, y hasta espléndidos con los poetas, de quienes dependen su reputación y su mala ó buena fama.

Elisa, che ebbe il cor tanto pudico
Or riputata viene una bagascia
Solo perche Maron non gli fu amico.

Tomado por lo serio lo que dice Ariosto, viene á ser lo que llaman *chantage* en Francia, y que no sé yo con qué vocablo pueda significarse en nuestro idioma. Muy lejos

del *chantage* están la vena satírica y las diatribas de Mora. Su sinceridad y su buena fe son innegables; mas no por esto hemos de sostener que tiene razón en cuanto dice: que son pura verdad sus censuras. Tal vez el mal humor es quien se las inspira, y piensa él que hace justicia seca cuando se deja arrebatar por sus pasiones. Bien puede exclamar entonces con Carducci, dirigiéndose á la rima:

Cura e onor de padri miei,
Tu mi sei
Come lor sacra e dilletta:
Ave, o rima! e dammi un fiore
Per l'amore,
E per l'odio una saetta.

De saetas y de flores están llenos los muchos versos líricos de Mora, y más aún las abundantes digresiones que intercala en sus poemas, leyendas y cuentos en verso. Apenas hay punto de moral, de política, de filosofía, de literatura y de historia que Mora no toque en estas digresiones, muy por el estilo de las que ya introdujo en su epopeya el autor del *Orlando furioso*, y de las que usa Lord Byron en el *Don Juan* y en el *Beppo*.

Ya por las digresiones, ya prescindiendo

de las digresiones, no puede negarse que las *Leyendas españolas* de Mora son de muy amena y agradable lectura.

Como desahoga su bilis satirizándolo todo con gracia, su sátira no causa gran mal al satirizado, el cual rara vez es determinado individuo, sino vicios en general y en abstracto, instituciones y clases sociales. El clero y los cortesanos y las cortes de los reyes son el más frecuente blanco de sus chistosas iras.

Ya en los últimos años de su larga y activa existencia, Mora se hizo más conservador y menos *clerófobo*.

Además del incompleto poema de *Don Juan*, de las *Leyendas españolas*, entre las cuales descuellan por interesantes ó por divertidas *Don Opas*, *Pedro Niño* y *Don Policarpo*, Mora publicó en Madrid, en 1853, un grueso volumen de poesías, en 4.º mayor y de cerca de 600 páginas. Aun así, acaso no estén coleccionadas en este volumen la mitad de las poesías de Mora. Era tan fácil y tan diestro en versificar, que hasta en sus cartas familiares é íntimas desechaba á menudo la prosa y seguía escribiendo en versos, primorosamente rimados.

A pesar de tanta facilidad y de tanta destreza, la fama y el crédito poético de

Mora no se extendieron mucho por España. Habiendo recibido la principal inspiración lejos de su patria, bien puede presumirse que lo percibía todo ó confuso ó alterado por la distancia; que estaba un poco desorientado y que la corriente magnética entre su alma y el alma de sus compatriotas, si no se había interrumpido, no era todo lo enérgica que conviene para producir una popularidad grande. Mora y sus obras quedaron y siguen en cierto aislamiento, á pesar del innegable mérito que hay en ellas.

El emigrado que mantuvo durante sus largos años de ausencia toda la simpatía poderosa de su españolismo, y que por esto y por su extraordinario valer como poeta debe tenerse por el más popular y el más influyente de todos, es D. Angel de Saavedra, duque de Rivas, de quien no cabe ya tratar en este artículo, sino dejarlo para el siguiente.